y exhortó al pueblo á no desmentir jamás la fé que profesó en el dia de su bautismo y se comprometió á defender en el dia de su confirmacion. Recordó tambien la ereccion del nuevo altar y la dedicacion que de él se hizo á la Inmaculada Madre de Dios y Madre nuestra; y exhortó al pueblo á concurrir al santo Sacrificio para ofrecer juntamente con el sacerdote al Eterno Padre delante de María Señora Nuestra, la Víctima de propiciacion, que es su unigénito Hijo, por los pecados del pueblo. Recordó por último la categoria á que, con todas las ceremonias practicadas, ha sido elevado este Santuario; y exhortó al pueblo á seguir dando pruebas de su proverbial religiosidad, asistiendo al efecto á la predicacion de las verdades santas con que aquì se le brinda, á la recepcion de los santos sacramentos que aquí se administran y á los cánticos sagrados, preces y públicas oraciones, que aquí se entonan al Rey de los cielos y á la Vírgen inmaculada, tiernìsima Señora y Madre nuestra. Demostradas de esta manera las dos propocisiones fundamentales de su discurso, y vivamente conmovido el Illmo. Prelado de Leon, con las mas fervorosas y humildes espresiones, pidió á la Vírgen Inmaculada que se dignara alcanzar de su divino Hijo, que este religioso pueblo y cuantos ocurran á venerarla en este insigne Santuario, grabaran para siempre en sus corazones los beneficios recibidos en los presentes dias, y que ellos mismos y sus hijos y las generaciones venideras celebrarán en cada año el aniversario de la consagracion de este santo Templo, tributando en ese dia cultos especiales, para perpetuar el recuerdo de tan insignes favores. *Habebitis hunc diem in monumentum, et celebrabitis eum solemnem Domino in generationibus vestris cultu sempiterno.*

Tomada razón

SERMON

PREDICADO EN EL SANTUARIO

DE

NUESTRA SEÑORA DE SAN JUAN,

El dia 26 de Noviembre de 1884,

OCTAVA DE SU CONSAGRACION,

POR EL

Sr. Dr. D. Ignacio Diaz.

Colligite quæ superaverunt fragmenta, ne pereant. JOAN, CAP. VI, v. 12.

Juntad los pedazos que sobraron, para que no perezcan. S. JUAN, CAP, VI, v. 12.

Habia, Señores, querido dar principio á mi discurso describiendo aquella famosìsima y simbólica solemnidad con que el Rey sabio dedicó el templo de Jerusalem, maravilla del mundo, mediante toda la majestad del culto, la inmolacion de inumerables víctimas, el concurso de todo su pueblo, festivo y entusiasta y la

presencia del Señor, que en una nube ocupaba el Santuario. Queria presentaros á ese Rey arrodillado, con sus brazos levantados al cielo, orando en la presencia del Señor con toda la efucion de su alma por su pueblo, para que Dios recibiera allì sus oraciones en los dias de calamidad y en los dias de ventura, cuando disfrutara de paz y cuando se aprestara á todos los azares de la guerra, cuando recibiera el premio de sus virtudes y cuando arrepentido implorara el perdon de sus culpas. Queria presentaros á ese Rey y á ese pueblo, al terminar la gran solemnidad, al despedirse en el octavo dia, recordando alegremente todas las cosas que habia hecho Dios con David y los suyos. Queria todo esto, por que aquel Rey representaba áJesucristo, aquel pueblo era vuestra figura y aquella solemnidad era casi esta. Estaban allì la inspiracion, la idea y el sentimiento.

Me acordé, empero, de que siglos despues Jesus y sus discìpulos se hallaban á orillas del mar de Tiberiades y mas allá, por el desierto, olvidada de sí misma y hambrienta de la verdad se dirijia á El una muchedumbre felicísima: me acordé que al llegar cansada y sin con qué alimentarse, el Señor se compadeció de ella y por un efecto de su amor, obrando un prodigio de su omnipotencia, multiplicó los panes y los peces: me acordé al mismo tiempo de que quiso no se perdieran los fracmentos que hubieran sobrado y se viera, al juntarlos, cuanto habia hecho en favor de aquellas afortunadas gentes. Y al ver cuanto hizo Dios en estos dias entre vosotros, me pareció escuchar la misma voz, recibir la misma órden, sentir la misma necesidad de juntar en una sola todas las impresiones y presentar de un golpe todo lo que ha quedado de la sagrada fiesta. Porque venimos hoy á celebrar la primera octava de la consagracion de este augusto Santuario de Maria, para siempre bendita; á recordar lo que extaciados mirabais

poco ha entre trasportes de alegria, de júbilo y piedad inusitados, á recoger como riquisimos perfumes las impresiones últimas de esta santa solemnidad ¿Quién me diera poderlas expresar? La alegria, la tristeza, la gratitud, el amor, la esperanza, la piedad, todo, todo se junta en su incomparable bellìsima armonía, hasta el punto de que lo que se siente hoy, dificilmente se volverá á sentir, si acaso vuelve.

Podia pintar, seguro de éxito feliz, todas y cada una de las ceremonias, que preceden, acompañan ó siguen á este grande y significativo, santìsimo acto de la Religion, que en el mundo reasume la grandeza de Dios y la grandeza humana, é ir presentando á vuestras atónitas miradas grandiosos cuadros de arrebatadora y mìstica poesìa; los mismos sì, los mismos que mirasteis no ha mucho, que tanto os conmovieron, que nunca, nunca olvidareis ¿Pero, Señores, hoy que solo nos queda el Templo consagrado y pasada la augusta ceremonia, vive únicamente en vuestro espìritu con la preciosa vida de los recuerdos mas qneridos, mas gratos y mas dulces, alumbrada por la piedad y por la Fé, en ese mundo que llamamos alma, la veo muy digna de nuestra cristiana y filosófica atencion. Y como no es mi objeto hablar de la consagracion en general de todo templo, sino de este Santuario de Maria, que nos es tan querido, de esta ciudad de Dios de la cuál tantas cosas gloriosas se han referido ya, á la luz de la realidad y de la idea, quiero presentarlo consagrado con triple y singular consagracion: la de Dios que lo ha consagrado con sus gracias; la del pueblo que lo ha ungido con su oracion y con sus lágrimas, y la de la Iglesia que juntando maravillosamente á Dios y al pueblo, al cielo y á la tierra, lo consagró hace pocos dias con admirable y conmovedor ceremonial, anuncio á la vez y recuerdo de los beneficios. ¡Cuantas ideas, cuantos a-

fectos, cuantas impresiones, de un golpe surgen por todas partes, al apurar las últimas de tan bendita y singular solemnidad! ¡Cómo se dilatan luminosos todos los horizontes!

Para tratar, Señores, cual conviene un asunto tan grande, cuento con vuestra gran reunion que me sabrá inspirar, pero necesito invocar á Maria.

¡Ah mi amabilisima Señora! yo no quiero para invocarte en este dia y en tu Santuario otras palabras que aquellas que en él han resonado tantas veces, salidas de los labios de tus hijos: no quiero otras, sino las que te dijo el Angel al saludarte en tu habitacion de Nazaret.

Ave Maria.

Colligiti quae superaverunt fragmenta, ne pereant. JOAN, CAP. VI, V. 12,

Juntad los pedazos que sobraron para que no perezcan. S. Juan, cap. VI, v. 12.

El tiempo, Señores, ese gran mensagero de Dios, que nos abate y nos levanta, trayéndonos en su carrera las desdichas y las prosperidades; que trajo un dia la existencia del mundo, contenida antes en los decretos eternos; que hizo brotar el Paraiso con sus corrientes limpidas y todas sus amenidades; que vió salir llorosos y avergonzados á nuestros primeros padres de su dichosísima mansion; que vió mas tarde la entrada de la muerte y las aguas del Diluvio inundándolo todo y ahogando vengadoras á la carne que habia corrompido

sus caminos; el tiempo, que trajo á Abraham, padre de los creyentes, y á Moises caudillo libertador y legislador inspirado del pueblo de Dios; que trajo despues al Mesias con su vida portentosa, su doctrina inaudita, sus milagrso incontestables y su preciosa y santa muerte; el tiempo, que asi como nos alegra con la sonrisa de la felicidad, nos punza con el puñal agudo de indecibles dolores, traia en sus oleadas esta ciudad y este Santuario de Maria, con todos sus primores y magnificencias. Dios habia escogido esta tierra, para que fuera uno de los lugares sacratisimos, que santificara su amor y consagrara su misericordia.

¡Un Santuario de Maria!

Es decir, Señores, un lugar de refugio, un puerto de salvacion, una fuente de esperanza, un manantial de consuelo, un Paraiso de felicidad.....Allá en los decretos eternos, en la luz inaccecible, en el entendimiento y en el corazon de Dios, estaba todo esto. Hasta esas encumbradas y profundísimas alturas hay que remontarnos, si hemos de ver las causas últimas de este Santuario consagrado. Allá, en Dios, estaban todos los beneficios que en él se habian de dispensar, todas las plegarias que habian de resonar bajo sus bóvedas sagradas, todas las esperanzas que aquì habian de nacer, todo lo qué es ante Dios y los hombres esta mancion de paz y de alegria. En este sentido, podemos decir como S. Juan: vi una nueva ciudad de Jerusalem, descendiendo del cielo por Dios. No parecia sino que Dios tenia necesidad de habitar esa mansion, como la preparaba con tanto empeño. Era la obra de su amor. Él, que estendió las bóvedas del cielo, y encendió las lumbreras del espacio; Él, que escogió el pesebre de Belen y el Jordan y el Tabor y el Huerto de Gethzemaní y las sangrientas cumbres del Calvario para realizar los misterios inaccesibles de la caridad: Él, que man-

dó á sus discìpulos Pedro y Juan preparar el cenáculo, para instituir la Eucaristia, prenda de sus ternuras, puso á Maria para que le edificara este Santuario. Le dió su idea, para que inspirara al artista, su virtud para que dirigiera su mas perfecta ejecucion, su amor para que lo llenara de almas nobles, que ángeles vivos, personificacion de la virtud, lo animaran como el Señor al cuerpo de nuestro primer padre, su Omnipotencia para que aquí brotara inmortal por todas partes el árbol de la vida y fuera la gracia su purìsimo ambiente.

¡Ah! Señores, cuan grato es para mì estender la mirada por este Sacratìsimo lugar, que Dios ha consagrado con sus beneficios! Con cuanto placer veo la memoria de todas las gracias que Dios ha dispensado aquì, por intercesion de su Divina Madre! Yo quiero creerlas con toda la sencillez de la piedad, porque me es grato creer, y creo de hecho, en la oracion y en la gratitud, en Dios, en Maria y en el alma cristiana! Quiero creerlas, porque es imposible negarlas donde se sienten las emanaciones de su vida. ¿Para qué he de referir todos esos beneficios, inmortalizados muchísimos, con las tradiciones y la historia de esta católica ciudad, y llevados muy léjos por el fervor del peregrino? Básteme decir con el pueblo devoto y piadosísimo, que de año en año inunda este espacioso recinto humedecido con sus lágrimas: *Este es el Santuario de Maria, consagrado por los divinos beneficios: la casa de Dios y la puerta del cielo.*

Dios, Señores, que escogió este lugar y levantó en él un palacio hermosìsimo de las misericordias de Maria, no lo ha dejado aún. Todas esas gracias, todas esas bendiciones, dispensadas en él, valen mucho para Dios: lo ama como amaba en la tierra y ama desde el cielo, el lugar santo en que pasaba sus noches de vigilia.

A mas de este templo material, edificado aquí por la piedad cristiana, hay otro espiritual, edificado por la

piedad divina, formado de almas y ligado por gracias y virtudes: tan grande, que abarca muchos años y hasta siglos, á vosotros y á vuestros abuelos muy lejanos. Todo él es una consagracion, un beneficio viviente, una obra grande y sublime de la divina caridad. *No sabeis*, decia Dios en otro tiempo, *que vuestros cuerpos son templos del Espìritu Santo que está en vosotros? Glorificad y llevad á Dios en vuestro cuerpo* ¿Si tanto es el cuerpo cuánto mas grande será el alma? ¿Cuanto mas, no será, la maravillosa asociacion de tantas almas, juntas en la fé y en el amor, en la esperanza y en el culto? ¡Oh esto es grande, sublime, incomparable, humano y divino, celestial!.... Y tiene lugar aquì en la tierra.... Y nosotros somos parte de ello no pequeña.....

Hoy, recogemos las impresiones de esta grande misericordia de Dios para nosotros. Cuán suavemente nos remontamos en alas de la admiracion, del sentimiento, de la gratitud y del amor, al estudiar á la doble luz de la razon y la piedad, tan maravillosa y sublime obra de Dios. Para esto sirve el alma: para mirar á Dios y amarlo asì, mientras llega la eternidad deseada, en que viéndolo mejor, lo amemos mas. Al llegar á este punto, al herir nuestros ojos las ráfagas abrillantadas de la gloria de Dios, al oìr la voz de trueno que vibra majestuoza y expresiva, como la del Padre sobre la cumbre del Tabor, extaciados y absortos, no sentimos la lenta marcha de las horas, ni vemos, ni oímos, ni pensamos, ni queremos mas, y saliendo de nuestro arrobamiento, al saborear las dulzuras de nuestra felicidad, dice sin advertirlo nuestro corazon: que bueno era quedarnos aquì.

¡Santuario de Maria, consagrado por las gracias de Dios, que bien se vive bajo tus altas bóvedas, á tu luz misteriosa, como la llama de la vida y respirando tus aires perfumados de incienso y oracion! cuán breves son

las horas que te miden, como las de la dicha! cuán santas las obras de piedad, que se practican en tu seno! en tì todo tiene algo de Maria!

II

Despues de la santidad de Dios, yo, Señores, no conozco otra cosa mas grande, que la santidad de la criatura racional: por esto, al ver este lugar estigmatizado con los brillantes caracteres del divino amor, me es muy grato buscar las indelebles señales de la santidad del hombre y encuentro inefable placer, hallándolas abundantìsimas y vivas. Sí: este lugar está santificado por el pueblo cristiano.

¡El pueblo!

He aquí, Señores, un ser grande, que se agita en el mundo hace ya seis mil años. Siempre el mismo y envejeciéndose y renovándose constantemente, llenando el lugar de los muertos con la presencia de los vivos, es la humanidad con todas sus visisitudes, con sus pensamientos grandiosos y sus heroicos hechos, con ese corazon por donde han cruzado tantos sentimientos; con esa alma que todo lo piensa, que todo lo presiente, que todo lo recuerda, que se agita por todo. El pueblo es algo santo, porque es á veces la imágen, el representante de Dios: porque Dios lo ama como á la hechura preciosísima de sus divinas manos; porque se compadece con grande compacion de sus perpetuas y terribles desgracias; porque bautizado con la sangre de Jesus, que era Dios, sin dejar de ser hijo del pueblo, desaparecen todas sus manchas y se hace amable ante el divino acatamiento: El pueblo es santo, tan santo que coincide, tomando el apelativo de católico con la Iglesia, apellidada santa en el Símbolo de los Apóstoles. El pueblo es santo, porque cree, porque espera, porque ama, y porque teniendo todas estas cosas, es piadoso, y viva su piedad, se manifiesta por el culto.

El pueblo ha consagrado este Santuario de Maria. Sí Señores, lo ha consagrado con las lágrimas del pecador arrepentido, que ha hallado en él, la perdida esperanza, la paz, la calma, tan deseadas como inutilmente pedidas al mundo y á los extravios de la razon. Lo ha consagrado con sus lágrimas el pueblo arrepentido. ¿Quién me diera pintar el inmenso y sublime cuadro de todos esos pecadores, que aquì hallaran sosiego? ¿Quién me diera la palabra de esos hombres, sus expresivos acentos de imperecedera gratitud, para renovarlos aquí? Estos muros, este pavimento fueron señalados con aquellas lágrimas; estas bóvedas repitieron enternecidas aquellos acentos inefables!

Mas lejos, la familia regenerada aquí y la sociedad toda, no cesan de cantar que hallaron su verdadera dicha en este Santuario de Maria, pagando con sus lágrimas esa deuda de inmensa gratitud. Aquì se ha convertido el pecador, aquí ha vuelto á la vida; aquí ha llorado..... Vosotros, los que sabeis cuanto valen las lágrimas, decid sì no pueden consagrar. Los que sabeis cuanto vale la penitencia, almas contemplativas, decid sinó tiene virtud de consagrar. Este lugar está consagrado por la penitencia, como las grutas del Carmelo; como de la roca herida por Moises brotan de él sus purificadoras corrientes.

Aquì se ha hecho oracion hace ya muchos años: aquí está el ángel de la oracion, que presenta las súplicas ante el altar de Dios: aquí derramó su alma en férvidas plegarias el hijo del pueblo, que buscara consuelo en sus tristezas y alivio en sus penas; aquí la madre viuda puso sus tiernos hijos, llorando de esperanza, ba-

jo la proteccion segura de Maria: aquì aprendió el niño á saludarla, de los labios de su querida madre, cuya voz resuena aún muchos años despues de su muerte: aquí se dilataron anchísimos los horizontes de la felicidad, al rogar todos ante la imágen de Maria..... El sacerdote halló la uncion y la virtud, y el guerrero la inteligencia y el valor. La oracion toma el matiz de todos los afectos, y en todos sus matices se ha reflejado aquì, con toda su hermosura. La oracion del anciano, que se hundìa en el sepulcro, la del enfermo herido por cruelìsimos dolores, la de la madre con toda su ternura, la del huérfano con el triste ropaje de la desolacion; la del pobre envuelto en su miseria, y la del niño con la inmaculada pureza del lirio de los valles..... Todas estan aquí, como las estrellas en el cielo: todas brillan en hermosísima constelacion, como los gigantezcos luminares que alumbran los espacios. Todas se hermanan, como los hombres en el mundo; todas se armonizan como angélicos coros de los cielos.

Aquì oraron, ¡ay! los muertos, que en olvidadas tumbas esperan la resurreccion: aquì oraron, santificaron este lugar con su oracion gentes inolvidables y queridas, que viven aún dentro del pecho. Aquí, Señores, oraron vuestros padres..... Yo quisiera sacar de sus sepulcros á todos los que exhalaron aquì su alma en súplicas fervorosas y ardentìsimas; á los que lloraron de esperanza, de gratitud, de tristeza, de amor y de piedad. Ellos murieron..... Y estas bóvedas santas, guardan conmovidas, el acento de su voz, sus clamores, sus ayes y suspiros. Me parece escucharlos..... Percibo el lejano rumor de sus plegarias, sus gemidos, sus oraciones férvidas.....

Aquì se han reunido, como hijos en el seno de la casa paterna, numerosos y devotos peregrinos, que preludiando la unidad del cielo se juntaron á engrandecer

á Dios y á alabar á Maria. Ahí estan sus huellas. Este es el lugar que ocuparon. Venian á llorar aquí, porque no en todas partes son tan dulces las lágrimas; á pedir porque no en todas partes se ruega con tanta fé, ni se alcanza con tanta facilidad; á dar gracias, porque parece arder aquì, el foco de la gratitud; á amar á Dios y á su Santísima Madre porque árbol de la vida, vive de amor y de piedad este Santuario. ¡Los cantares del peregrino! ¡Cuantas veces han agitado la atmósfera del templo y la ciudad! Son las canciones del alma, los ayes del corazon, los gemidos del dolor, las modulaciones de la gratitud, los himnos del verdadero amor, las odas del sentimiento. Yo no diré que al entonarlas queden intactos los preceptos del arte, ni que sus estrofas estan sujetas á las exigencias del metro; pero sì, que salidos del alma tienen mucha y bellísima poesía; que viniendo de tan altas regiones, tienen no raras veces muy grande inspiracion y perfilan el busto de los santos. ¿Quién no se ha conmovído mas de una vez al escucharlos? Por mi parte, lo diré con franqueza, yo gozo indefiniblemente con esos cantos populares, en que la multitud grande, noble y piadosa, expresa con sentimiento sus mas dignos afectos. Tienen todos sus caracteres, su sencillez, su grandeza, su ardor, su entusiasmo, su vida.....

Aquì, Señores, se ha dado culto á Dios y se ha bendecido á Maria, por el pueblo y sus hijos. Este templo, estos altares, estos venerables ministros, esta piadosa multitud, lo hace entender asì. Todo esto, junto ó separado, habla muy alto en favor de la consagracion del pueblo, que he venido explicando. Aquì se ha dado culto y todo culto es una especie de consagracion.

¡Qué bien se hermanan este templo y el pueblo que lo llena, y la Vírgen Inmaculada que reside en su trono! Cómo en su grandeza se van condensando en cier-